

El super Borgia del Kremlin ('Stalin' muerte funerales embalsamamiento Lenin envenenamientos procesos Moscú)

León Trotsky

29 de septiembre de 1939

(Versión al castellano desde “[Le super-Borgia du Kremlin]”, en L. Trotsky (P. Broué, dirección), *Oeuvres*, Tomo 22, septiembre-diciembre de 1939, Institut Léon Trotsky, París, 1986, páginas 66-84. Artículo (T 4639), Houghton Library. Para el texto, hemos seguido aquí el artículo tal y como fue enviado a la revista estadounidense *Life*, y el lector encontrará más adelante las modificaciones introducidas. Este texto se integró finalmente en *Stalin* tal y como se publicó tras la muerte de Trotsky. [Hemos traducido este texto desde su versión en el tomo 22 de las *Oeuvres* de forma independiente a la versión que hicimos de su *Stalin*, también desde el francés en su edición de 1948 en Bernard Grasset. Se puede contrastar que el texto aquí versionado coincide con el texto de nuestro *Stalin* (en nuestras *OELT-EIS*), páginas 270-278 de su formato pdf, excepción hecha de pequeñas diferencias en el vocabulario. Por otra parte, a pesar de la afirmación de la nota de más arriba de las *Oeuvres*, no se señala nada en el texto fuente que permita encontrar las modificaciones; aventuramos que se refiere a la carta de Trotsky, del día siguiente, dirigida a Busch, colaborador de *Life*: “[[Carta a Busch. Esquema de un artículo](#)]”. En esta misma serie de nuestras *EIS*, el lector interesado podrá consultar también más cartas del mismo mes sobre el artículo de que se trata: “[[Carta a Karsner. Breves comentarios](#)]”, “[[Carta a Busch. El artículo sobre Stalin](#)]”, “[[Carta a Malamuth. Traducción del artículo para 'Life'](#)]” y “[[Carta a Busch. Más sobre el artículo](#)]”).

Políticamente, Stalin y yo hemos estado durante mucho tiempo en bandos opuestos e irreconciliables. Pero en ciertos círculos se ha convertido en norma hablar de mi “odio”¹ hacia Stalin y dar por sentado que todo lo que escribo, no solo sobre el dictador de Moscú, sino sobre la Unión Soviética, está inspirado por ese sentimiento. Durante los diez años de mi actual exilio, los agentes literarios del Kremlin se han liberado sistemáticamente de la necesidad de responder de manera pertinente a lo que escribo sobre URSS con una alusión demasiado conveniente a mi “odio” hacia Stalin. Freud desaprobaba enérgicamente esta variedad de psicoanálisis de pacotilla. El odio, después de todo, es una especie de vínculo personal. Pero Stalin y yo hemos sido separados por acontecimientos que han destruido y reducido a cenizas todo lo que podía haber de personal entre nosotros, sin dejar residuo alguno. Hay un elemento de envidia en el odio. Pero para mí, en espíritu y en sentimiento, el ascenso sin precedentes de Stalin representa la caída más profunda. Stalin es mi enemigo. Pero Hitler también es mi enemigo, al igual que Mussolini² y muchos otros. Hoy siento tan poco odio hacia Stalin como hacia Hitler, Franco o el Mikado³. Ante todo, me esfuerzo en comprenderlos para estar mejor preparado para combatirlos. En general, en cuestiones de importancia histórica, el odio personal es un sentimiento mediocre y despreciable. No solo es degradante, sino que también ciega. Pues bien, a la luz de los acontecimientos que han tenido lugar recientemente, tanto en el mundo como en la URSS, muchos de nuestros adversarios se han convencido a sí mismos de que no estaba tan ciego: mis predicciones menos plausibles han resultado acertadas.

¹ En 1936, Trotsky ya aclaró un poco esa recurrente costumbre de atribuir sus posiciones a su pretendido ‘odio’ a Stalin: “[[Mi ‘odio a Stalin’](#)]”, en esta misma serie de nuestras *EIS*.

² Mussolini encarnaba tanto como Hitler el “fascismo” y el odio al comunismo.

³ Francisco Franco Bahamonde (1892-1975), oficial de carrera, había sido el “Caudillo”, líder de la “Cruzada” de los jefes militares españoles que, entre 1936 y 1939, con la ayuda de Hitler y Mussolini, derrotaron la revolución campesina. El Mikado es el emperador de Japón. Hirohito (nacido en 1901) reinaba desde 1926 y dejaba el poder en manos de las camarillas militares.

Estas líneas introductorias *pro domo sua* son tanto más necesarias cuanto que voy a abordar ahora un tema particularmente doloroso. Me he esforzado por destacar las características generales de Stalin basándome en una observación atenta y un estudio minucioso de su biografía. No niego que el retrato resultante sea sombrío e incluso siniestro. Pero reto a cualquiera a que intente sustituirlo por otro, a que encuentre una figura más humana detrás de los hechos que han conmocionado la imaginación de los hombres en los últimos años: las “purgas” masivas, las acusaciones sin precedentes, los procesos fantásticos, el exterminio de toda una generación de revolucionarios y, finalmente, las recientes maquinaciones en el ámbito internacional⁴.

Ahora voy a presentar hechos bastante excepcionales, así como pensamientos y sospechas relacionados con ellos sobre este tema: cómo un revolucionario provinciano se convirtió en el dictador de un gran país. Estos pensamientos y sospechas no me vinieron de golpe. Maduraron lentamente y, cada vez que me venían a la mente en el pasado, los rechazaba como producto de una desconfianza excesiva. Pero los “procesos de Moscú” (que revelaron un enjambre diabólico de intrigas, falsificaciones, envenenamientos y asesinatos, obra del dictador del Kremlin) arrojaron una luz siniestra sobre los años anteriores. Entonces comencé a preguntarme con cada vez más insistencia: “¿Cuál fue el papel real de Stalin durante la enfermedad de Lenin? ¿No hizo nada el “discípulo” para acelerar la muerte de su “maestro”?”

Soy, más que nadie, consciente del carácter monstruoso de tal sospecha. Pero ¿qué se puede hacer cuando se deriva de las circunstancias, los hechos y el propio carácter de Stalin? En 1922, la aprensión de Lenin le llevó a lanzar esta advertencia: “Este cocinero solo nos preparará platos picantes”. Resultaron ser no solo picantes, sino también venenosos, y no solo en sentido figurado, sino literalmente. En 1937, anoté por primera vez hechos que, en su momento (1923-1924), solo conocían siete u ocho personas, y solo parcialmente. De ellos, aparte de mí, solo Stalin y Molotov siguen vivos. Pero estos dos últimos (suponiendo que Molotov estuviera entre los iniciados, cosa de la que no estoy seguro) no tienen ningún motivo para confesar lo que voy a exponer ahora. Debo añadir que cada uno de los hechos que menciono, cada referencia, cada cita, pueden confirmarse, ya sea mediante publicaciones oficiales soviéticas, ya sea mediante documentos conservados en mis archivos. Tuve la oportunidad de proporcionar explicaciones, tanto orales como escritas, ante la comisión de investigación sobre los “procesos de Moscú” presidida por John Dewey⁵, y ninguna de estos centenares de referencias y citas que he presentado ha sido cuestionada nunca.

La iconografía, rica en cantidad (por no hablar de su calidad), constituida durante los últimos años, muestra invariablemente a Lenin en compañía de Stalin. Están sentados uno al lado del otro, se aconsejan mutuamente, se miran amistosamente. Este motivo invasivo, repetido en la pintura, la escultura y la pantalla, está dictado por el deseo de hacer olvidar el hecho de que el último período de la vida de Lenin estuvo dominado por un violento conflicto entre él y Stalin, que terminó con una ruptura total. Como siempre, no había absolutamente nada personal en la hostilidad de Lenin hacia Stalin. Es cierto que apreciaba mucho algunos rasgos de Stalin, su firmeza de carácter, su obstinación, incluso su dureza y astucia, atributos indispensables en las batallas y, por lo tanto, útiles en el cuartel general del partido. Pero, con el tiempo, Stalin aprovechó cada vez más las posibilidades que le ofrecía su cargo para reclutar a hombres que le eran personalmente

⁴ Alusión a los procesos de Moscú de 1936 a 1938 y a los dos tratados germano-soviéticos de agosto y septiembre de 1939.

⁵ El filósofo y pedagogo estadounidense John Dewey (1859-1962) había sido miembro del comité de defensa de Trotsky y luego presidió la comisión de investigación tras dirigir con mano maestra su sesión en Coyoacán para recibir el testimonio de Trotsky.

leales y vengarse de sus adversarios. Tras recibir en 1918 la dirección de la comisaría de Inspección Obrera y Campesina, Stalin la transformó progresivamente en un instrumento de favoritismo e intrigas. Hizo de la secretaría general del partido, una fuente inagotable de favores y prebendas. Del mismo modo, había abusado con fines personales de su posición como miembro de la oficina de organización y de la oficina política. Se podía discernir un motivo personal en todas sus acciones. Lenin se convenció poco a poco de que ciertos rasgos de Stalin, multiplicados por el aparato del partido, eran directamente perjudiciales. Así maduró la decisión de apartar a Stalin del aparato y volver a colocarlo en la posición de simple miembro del comité central del partido. Las cartas de Lenin de esa época son lo más inaccesible que existe hoy en día en la Unión Soviética. Afortunadamente, tengo en mis archivos copias y fotocopias de algunas de ellas; ya he publicado algunas.

La salud de Lenin empeoró repentinamente a finales de 1921. El primer ataque le sobrevino en mayo del año siguiente. Durante dos meses, fue incapaz de moverse, hablar o escribir. A principios de julio, comenzó lentamente su convalecencia. Cuando pudo regresar al Kremlin, en octubre, y reanudar su trabajo, se sintió literalmente horrorizado por el desarrollo de la burocracia, la arbitrariedad y las intrigas en las instituciones del partido y del gobierno. En diciembre, abrió fuego contra Stalin por las persecuciones contra los nacionalistas, especialmente por la política que imponía en Georgia, donde se desafiaba abiertamente la autoridad del secretario general. Atacó a Stalin por la cuestión del monopolio del comercio exterior y preparó para el siguiente congreso del partido un discurso que sus secretarías, citando sus propias palabras, calificaron de “una bomba contra Stalin”. El 23 de enero, para gran consternación del secretario general, presentó un proyecto para la creación de una comisión obrera de control que debía poner fin al poder absoluto de la burocracia. “Hablemos con franqueza [escribió Lenin el 2 de marzo], el Comisariado de Inspección Obrera y Campesina no goza hoy en día de la más mínima autoridad [...] No hay peor institución entre nosotros que nuestro comisariado de inspección”. Ahora bien, era Stalin quien dirigía esa inspección. Él comprendió lo que significaban esas palabras.

A mediados de diciembre de 1922, la salud de Lenin volvió a empeorar. Tuvo que abstenerse de asistir a las conferencias, pero se mantuvo en contacto con el comité central mediante notas y mensajes telefónicos. Stalin actuó inmediatamente para sacar provecho de la situación, ocultando a Lenin gran parte de la información que se centralizaba en la secretaría del partido. Se esforzaba en aislarlo, en alejar a quienes estaban más cerca de él, mientras que Krúpskaya⁶ hacía todo lo posible por defender al enfermo contra estas maniobras hostiles. Pero Lenin era capaz de reconstruir una visión general de la situación basándose en indicios fortuitos apenas perceptibles. Los médicos insistían: “Protéjanlo de cualquier preocupación”. Era más fácil decirlo que hacerlo. Inmovilizado en su cama, aislado del mundo exterior, Lenin estaba presa de la inquietud y la indignación. La causa principal era Stalin, cuya conducta se volvió más descarada a medida que los informes médicos sobre su salud se volvían menos favorables. En aquellos días, Stalin estaba sombrío: con la pipa apretada entre los dientes, un brillo siniestro en sus amarillentos ojos, gruñendo en lugar de responder. Era su destino lo que estaba en juego. Estaba decidido a superar todos los obstáculos. Fue entonces cuando se produjo la ruptura entre Lenin y él.

⁶ Nadezhda N. Krúpskaya (1869-1939) era la compañera de Lenin. Fue miembro de la Oposición Unificada en 1926.

El antiguo diplomático Dmitrievsky⁷, siempre muy amistoso con Stalin, relata lo que se decía en el entorno del secretario general sobre este dramático episodio: “Cuando Krúpskaya, a quien le irritaban sus constantes tormentos, le llamó una vez más por teléfono para obtener alguna información, Stalin [...] le respondió con un lenguaje insultante. Krúpskaya, llorando, fue inmediatamente a quejarse a Lenin. Este, cuyos nervios ya estaban al límite por las intrigas, no pudo contenerse más. Krúpskaya envió inmediatamente la carta de ruptura a Stalin⁸. “Pero ya conoce usted a Vladimir Ilich, le dijo triunfalmente Krúpskaya a Kámenev, nunca habría llegado a romper relaciones personales si no hubiera considerado necesario aplastar políticamente a Stalin”.

Krúpskaya dijo realmente lo que aquí se relata, pero en absoluto en tono triunfal; al contrario, esta mujer, siempre sincera y sensible, estaba llena de aprensión, temores y preocupaciones. No es cierto que fuera a “quejarse” de Stalin; siempre estaba dispuesta, en la medida de lo posible, a desempeñar el papel de amortiguadora. Pero, en respuesta a las insistentes preguntas de Lenin, no podía decirle más de lo que la secretaria estaba dispuesta a comunicarle, y Stalin ocultaba la información más importante. La carta de ruptura, o más bien la nota de unas pocas líneas, dictada el 6 de marzo a una taquígrafa de confianza, anunciaba secamente la ruptura de toda “relación personal y de camaradería con Stalin”. Esta nota, el último texto de Lenin, es al mismo tiempo la conclusión definitiva de sus relaciones con Stalin. Entonces se produjo el ataque más severo y, con él, la pérdida del habla.

Un año más tarde, cuando Lenin ya estaba embalsamado en su mausoleo, la responsabilidad de la ruptura, como se desprende claramente del relato de Dmitrievsky, se atribuyó abiertamente a Krúpskaya. Stalin la acusaba de “intrigas” contra él. Yaroslavsky⁹, que solía hacer los encargos dudosos de Stalin, dijo en julio de 1926, en una sesión del comité central: “Cayeron tan bajo que se atrevieron a atormentar al enfermo Lenin con sus lamentos, quejándose de haber sido heridos por Stalin. ¡Qué vergüenza haber mezclado asuntos personales con cuestiones políticas de la mayor importancia!” “Ellos” era Krúpskaya. Así se vengaban de ella por las afrentas que Stalin había tenido que sufrir por parte de Lenin. Por su parte, Krúpskaya me habló en varias ocasiones de la profunda desconfianza de Lenin hacia Stalin durante los últimos meses de su vida. “Volodia me decía: ‘Él (Krúpskaya no lo nombraba, sino que giraba la cabeza hacia el apartamento de Stalin) carece de la honestidad más elemental, de la más simple honestidad humana’”.

⁷ Los recuerdos del antiguo diplomático S. Dmitrievsky (del que no sabemos nada más) son citados con frecuencia por Trotsky en su obra *Stalin*.

⁸ La carta en cuestión, fechada el 5 de marzo de 1923 y con la mención de “Rigurosamente secreto. Personal” era la siguiente: “Al camarada Stalin. Rigurosamente secreto. Personal. Copia a los camaradas Kémenev y Zinóviev. Estimado camarada Stalin: Ha tenido usted la grosería de llamar a mi mujer al teléfono e insolentarse. A pesar de que ella le haya hecho saber que estaba dispuesta a olvidar todo lo que le había dicho, todo lo sucedido ha llegado a conocimiento de Zinóviev y Kémenev (que lo han sabido por usted [en la versión francesa de las *Oeuvres*: “de ella misma”]). No tengo intención de olvidar tan fácilmente lo que ha sido hecho contra mi persona, y no tengo necesidad de decirle que lo que ha sido hecho contra mi mujer lo considero hecho también contra mi persona. Por tanto, le ruego reflexionar y hacerme saber si está dispuesto a retirar sus palabras y a excusarse o si prefiere romper las relaciones entre nosotros. Con estima, Lenin.” (V. Lenin, *Contra la burocracia*, Cuadernos de pasado y presente, Córdoba, 1971, página 147). El mismo Trotsky cuenta que al día siguiente, 6 de marzo de 1923, Lenin le dictó a una mecanógrafa de confianza una nota de unas líneas en las se anunciaba secamente la ruptura de toda “relación personal y de camarada con Stalin.”

⁹ Minei I. Gubelman, conocido como Emelian Yaroslavsky (1878-1943), viejo bolchevique y antiguo comunista de izquierda, por cuenta de Stalin y a finales de los años veinte, fue especialista en la lucha contra la oposición y también en su persecución.

El “testamento” de Lenin, es decir, sus últimos consejos sobre la organización de la dirección del partido, fue escrito en dos ocasiones durante su segunda enfermedad: el 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923. “El camarada Stalin, convertido en secretario general [declara el testamento] ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de que siempre pueda ejercerlo con la suficiente prudencia”¹⁰. Diez días más tarde, esta fórmula reservada le pareció insuficiente a Lenin y añadió una posdata: “... propongo a los camaradas que reflexionen sobre el modo de desplazar a Stalin de ese cargo y de nombrar a otra persona que tenga sobre el camarada Stalin una sola ventaja: la de ser más tolerante, más leal, más cortés y más atento con los camaradas, de un humor menos caprichoso, etc.”¹¹ Lenin se esforzaba en expresar su apreciación de Stalin en términos lo menos ofensivos posibles, pero insistía en la necesidad de alejarlo del único puesto que podía conferirle su excepcional poder.

Después de lo que había sucedido en los meses anteriores, el “testamento” no podía ser una sorpresa para Stalin. Sin embargo, lo sintió como un golpe cruel. Cuando leyó el texto por primera vez (Krúpskaya se lo había entregado para el congreso del partido que se iba a reunir) en presencia de su secretario, Mejlis¹², más tarde jefe político del Ejército Rojo y del dirigente soviético Syrtsov¹³, que desapareció de la escena, estalló en exclamaciones groseras y vulgares que daban la medida de sus verdaderos sentimientos hacia su “maestro”. Bajanov¹⁴, otro exsecretario de Stalin, describió la sesión del comité central en la que Kámenev¹⁵ leyó el “testamento”: “Una terrible incomodidad paralizó a todos los presentes. Stalin, sentado en los escalones de la tribuna, se sentía pequeño y miserable. Lo examiné atentamente; a pesar de su sangre fría y su aparente calma, era evidente que sentía que su destino estaba en juego...” Rádek¹⁶, sentado a mi lado en aquella memorable sesión, se inclinó hacia mí y me dijo: “Ahora ya no se atreverán a hacer nada contra usted”. Pensaba en dos pasajes del testamento, uno que me caracterizaba como “el hombre más capaz del actual comité central”¹⁷ y otro que pedía la destitución de Stalin de su cargo de secretario por su grosería, su deslealtad y su tendencia a abusar de su poder. Respondí a Rádek: “Al contrario, ahora querrán llegar hasta el final y lo más rápido posible”. De hecho, el testamento no solo no logró poner fin a la lucha interna, como había deseado Lenin, sino que la agudizó al máximo. Stalin ya no podía dudar de que el regreso de Lenin a la actividad significaría la muerte política

¹⁰ V. Lenin, *Contra la burocracia*, Cuadernos de pasado y presente, Córdoba, 1971, página 133.

¹¹ *Ibidem*, página 134.

¹² Lev Mejlis (1889-1953), miembro del partido en 1918, alumno del Instituto de Profesores Rojos tras haber servido como oficial durante la guerra civil y haber trabajado en la secretaría de Stalin, se convirtió en jefe del departamento político del Ejército Rojo en el momento de su sangrienta purga, de la que fue uno de los principales responsables.

¹³ Serguéi I. Syrtsov (1893-1958), miembro del partido desde 1913, líder de la revolución de octubre en Rostov y posteriormente comandante de división durante la guerra civil, había sido Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la RSFSR y expulsado en 1930 por haber formado un “bloque de oposición” con Lominadze y los antiguos dirigentes de las juventudes. Detenido en una fecha indeterminada, murió en prisión.

¹⁴ Boris Bajanov (nacido en 1900) se había afiliado al partido en 1919 y en enero de 1922 había entrado en la administración del CC. Gracias a la confianza que le había depositado Stalin, a finales de ese mismo año se convirtió en secretario del Orgburo y, en agosto de 1923, en adjunto de Stalin en la secretaría del CC y secretario del buró político. Huyó de la URSS en enero de 1928 y se unió en occidente a los peores anticomunistas.

¹⁵ Lev B. Rosenfeld, conocido como Kámenev (1883-1936), viejo bolchevique, cuñado de Trotsky y aliado de Zinóviev, fue uno de los principales dirigentes del Partido Bolchevique.

¹⁶ Karl B. Sobelsohn, conocido como Rádek (1885-1939), de origen polaco, se unió a los bolcheviques en 1917 y fue uno de los dirigentes de la IC. Miembro de la Oposición de Izquierda, renegó de ella en 1929 y, sin embargo, fue una de las estrellas del segundo proceso de Moscú.

¹⁷ V. Lenin, *Contra la burocracia*, Cuadernos de pasado y presente, Córdoba, 1971, página 133.

del secretario general. Y, a la inversa, solo la muerte de Lenin podía dejar el camino expedito a Stalin.

Durante la segunda enfermedad de Lenin, a finales de febrero de 1923, en una reunión del buró político en la que participaban Zinóviev¹⁸, Kámenev y el autor de estas líneas, tras la salida del secretario Stalin nos informó de que Lenin lo había llamado de repente y le había pedido veneno. Lenin había vuelto a perder el habla, consideraba que su estado era desesperado, esperaba un nuevo ataque inminente y no confiaba en sus médicos, cuyas contradicciones había detectado. Tenía la mente completamente lúcida, pero sus sufrimientos eran intolerables. Pude seguir el desarrollo de la enfermedad de Lenin día a día gracias al Dr. Gétié¹⁹, nuestro médico común, que también era amigo de nuestra familia.

“¿Es posible que sea el final, Fedor Alexandrovich?, preguntábamos con ansiedad.

-Es absolutamente imposible saberlo. Aún puede salir adelante; tiene una constitución robusta.

-¿Y sus facultades mentales?

-Básicamente, permanecerán intactas. Puede que cada nota no tenga la misma pureza que antes, pero el virtuoso seguirá siendo un virtuoso.

Seguíamos esperando y, de repente, me encontré ante la revelación de que Lenin, la encarnación misma de la voluntad de vivir, estaba tratando de conseguir veneno. ¿Qué luchas internas habría tenido que atravesar?

Recuerdo lo extraordinaria, enigmática y poco acorde con las circunstancias que me pareció la expresión del rostro de Stalin. La petición que nos transmitía era trágica; sin embargo, una sonrisa malsana se dibujaba en su rostro como en una máscara. No ignorábamos la contradicción que podía haber entre sus rasgos y sus palabras. Pero esta vez era absolutamente insoportable; lo odioso se veía agravado por el hecho de que Stalin se abstenía de expresar su opinión, como si esperara a saber lo que iban a decir los demás: ¿quería ver primero nuestra reacción sin comprometerse? ¿O tenía alguna intención oculta? Veo ante mí a Kámenev, pálido y silencioso (amaba sinceramente a Lenin) y a Zinóviev, perdido, como siempre en los momentos difíciles. ¿Sabían algo antes de la sesión? ¿O Stalin lanzaba su siniestra información como una sorpresa a sus aliados del triunvirato²⁰, así como sobre mí?

“¡Por supuesto, ni siquiera podemos pensar en aceptar esta petición!”, exclamé. Gétié no había perdido la esperanza. Lenin aún podía recuperarse...

-Le he dicho todo esto [respondió Stalin, no sin cierta molestia], pero no ha querido escucharme. El Viejo está sufriendo. Debe de tener veneno a mano... Solo lo usaría cuando estuviera convencido de que su estado es desesperado.

-En cualquier caso, eso es absolutamente imposible, insistí, y creo que esta vez Zinóviev me apoyó. Podría sucumbir a una crisis pasajera y tomar una decisión irrevocable.

-El Viejo sufre, repitió Stalin, con la mirada perdida, más allá de nosotros y, como antes, sin decir nada en un sentido u otro. Su pensamiento seguía evidentemente una línea paralela a la entrevista, pero no totalmente conforme.

¹⁸ Grigori E. Radomylsky, conocido como Zinóviev (1883-1936), había sido el principal colaborador de Lenin en el exilio y, posteriormente, uno de los principales dirigentes del partido y Presidente de la Internacional Comunista.

¹⁹ El Dr. F. A. Gétié (1863-1938) había sido detenido por la GPU y ejecutado en prisión en el momento en que Trotsky escribía este artículo. Pero Trotsky lo ignoraba. [La edición francesa de *Stalin*, Bernard Grasset, París, 1948, escribe Guétier, página 516].

²⁰ Se llamaba “troika” o “triunvirato” a la alianza contra Trotsky que se había formado entonces entre Zinóviev, Kámenev y Stalin.

Es posible que los acontecimientos posteriores hayan influido en algunos detalles de mis recuerdos, aunque en general sé que puedo confiar en mi memoria. Sin embargo, esta escena es una de las que han dejado una huella indeleble en mí. Al regresar a casa, se la describí con detalle a mi esposa. Y desde entonces, cada vez que la recuerdo, no puedo evitar decir: la conducta de Stalin, toda su actitud, eran desconcertantes y siniestras. ¿Qué quería ese hombre? ¿Y por qué mantenía siempre esa sonrisa insidiosa en su rostro? No se decidió nada, ya que se trataba de una conversación privada fuera de sesión, pero nos separamos con el acuerdo implícito de que ni siquiera podíamos considerar la idea de proporcionar veneno a Lenin.

Aquí, naturalmente, surge una pregunta: ¿cómo y por qué Lenin, que en esos momentos desconfiaba mucho de Stalin, se dirigió a él con una petición que, en sí misma, suponía el más alto grado de confianza personal? Un mes antes, Lenin había escrito la despiadada posdata a su testamento. Y unos días después rompió toda relación personal con él. Stalin no pudo evitar preguntarse: ¿por qué se dirige Lenin precisamente a mí? La respuesta es sencilla: Lenin veía en Stalin al único hombre capaz de proporcionarle veneno, porque tenía un interés directo en hacerlo. Con su instinto infalible, el enfermo adivinaba lo que ocurría dentro y fuera del Kremlin y conocía los verdaderos sentimientos de Stalin hacia él. Lenin ni siquiera necesitaba consultar a sus camaradas más cercanos para convencerse de que ninguno, excepto Stalin, le haría ese “favor”. Al mismo tiempo, es posible que quisiera poner a prueba a Stalin. ¿Hasta qué punto este “cocinero de platos picantes” estaría ansioso por aprovechar esa oportunidad? En aquellos días, Lenin no solo pensaba en su muerte, sino también en el destino del partido; su nervio revolucionario fue sin duda el último en ceder.

Cuando aún era un joven, en prisión, Koba incitaba hipócritamente a los fogosos caucasianos contra sus propios adversarios; esto solía terminar en una pelea e incluso una vez terminó en un asesinato. Con el tiempo, perfeccionó su técnica. El todopoderoso aparato del partido, combinado con la maquinaria totalitaria del estado, le abrió posibilidades que ni siquiera uno de sus predecesores, como César Borgia²¹, habría podido imaginar. La oficina en la que los jueces de instrucción de la GPU llevan a cabo sus interrogatorios está conectada por un micrófono a la oficina de Stalin. El invisible Yosif Dzhughashvili, con la pipa entre los dientes, sigue con avidez el diálogo que él mismo ha preparado y se ríe en silencio. Más de diez años antes de los ahora famosos “procesos de Moscú”, había confesado a Kámenev y Dzerzhinsky²², en una conversación informal, una noche de verano durante las vacaciones, que su mayor alegría en la vida era elegir un enemigo, prepararlo todo minuciosamente, saciar una venganza implacable y luego irse a dormir. Más tarde se vengaría de toda una generación de bolcheviques. No es necesario volver aquí sobre las conspiraciones policiales y judiciales de Moscú: el juicio que se hizo de ellos en su momento fue a la vez autorizado y definitivo²³. Pero, para comprender al verdadero Stalin y su conducta durante los días de la enfermedad y la muerte de Lenin, es necesario arrojar luz sobre algunos episodios del último de esos grandes procesos, montado en marzo de 1938²⁴.

²¹ César Borgia (1475 o 1476-1507), hijo del papa Alejandro VI, arzobispo en 1492 y cardenal en 1493, es conocido por su falta de escrúpulos y por la forma en que eliminaba los obstáculos que se interponían en su camino.

²² Félix E. Dzerzhinsky (1877-1926), antiguo militante y veterano de los presidios polacos, antiguo compañero de lucha de Rosa Luxemburg, fue el primer jefe de la Cheka, antecesora de la GPU.

²³ Trotsky también alude al veredicto de la comisión de investigación presidida por John Dewey, que se publicó con el título *Not Guilty* (Inocentes).

²⁴ Se trata del proceso en el que comparecieron Bujarin y sus amigos, Rákovski, Yagoda y sus colaboradores, varios de los médicos del Kremlin.

Henri Yagoda ocupaba un lugar especial en el banquillo de los acusados²⁵; había trabajado en la Cheka y luego en la GPU durante dieciséis años, primero como subdirector y luego como director, en estrecho contacto con el secretario general, quien tenía en él a su colaborador más fiel en la lucha contra la oposición. El sistema que llevaba a confesar crímenes que no se habían cometido era obra de Yagoda, aunque la idea no fuera suya. Stalin lo recompensó en 1933 condecorándolo con la Orden de Lenin y, en 1935, lo ascendió al rango de Comisario General de Defensa del Estado, es decir, mariscal de la policía política, solo dos días después de que el brillante Tujachevsky fuera ascendido al rango de mariscal del Ejército Rojo. En la persona de Yagoda se había recompensado a un mediocre, conocido por todos como tal y despreciado por todos; los viejos revolucionarios tuvieron entonces que intercambiar miradas de indignación. Incluso en el seno del buró político hubo un intento de oponerse a ello. Pero Stalin estaba vinculado a Yagoda por algunos secretos y, al parecer, para siempre. Sin embargo, ese misterioso vínculo se rompió de forma misteriosa. Durante la gran “purga”, Stalin decidió liquidar al mismo tiempo a su cómplice, que sabía demasiado. En abril de 1937, Yagoda fue detenido. Como siempre, Stalin salió ganando en varios frentes: a cambio de la promesa de un indulto, Yagoda asumió en el proceso la responsabilidad personal de los crímenes que los rumores públicos habían atribuido a Stalin²⁶. Naturalmente, la promesa no se cumplió y Yagoda fue ejecutado, para dar la mejor prueba de la incompatibilidad fundamental entre Stalin y la moral. Pero durante el proceso se hicieron públicas circunstancias muy reveladoras. Según el testimonio de su secretario y confidente Bulanov²⁷, Yagoda tenía un armario especial para venenos, del que, cuando era necesario, extraía preciosos frascos que confiaba a sus agentes con las instrucciones adecuadas. El jefe de la GPU, que era precisamente farmacéutico de profesión²⁸, mostraba un interés excepcional por los venenos; tenía a su disposición varios toxicólogos para los que había organizado un laboratorio especial, con medios excepcionales ilimitados y sin control. Por supuesto, es imposible que Yagoda pudiera fundar una empresa de este tipo solo para sus necesidades personales. Lejos de ello: en este caso, como en los demás, ejercía sus funciones oficiales. Como envenenador, era simplemente *instrumentum regni*²⁹, al igual que Locusta, la vieja envenenadora en la corte de Nerón³⁰, con la diferencia de que superaba con creces a su ignorante predecesora en materia de técnica.

Junto a Yagoda, en el banquillo de los acusados, se encontraban cuatro médicos del Kremlin acusados del asesinato de Máximo Gorki³¹ y de dos ministros soviéticos. “Confieso que [...] he recetado medicamentos contraindicados para una enfermedad

²⁵ Henri G. Yagoda (1891-1938), viejo bolchevique, jefe de la GPU, fue destituido de sus funciones al día siguiente del primer proceso que había organizado en agosto de 1936 y condenado y ejecutado en el tercero.

²⁶ Esencialmente se trataba del asesinato de Kírov, que en diciembre de 1934 marcó el comienzo del terror masivo. Hasta entonces, Trotsky no había considerado la hipótesis del asesinato de Kírov por orden de Stalin, sino solo la de un “accidente” en el curso de una provocación. Kruschov confirmó posteriormente la idea de que los hilos del asesinato conducían al propio Stalin.

²⁷ Pavel P. Bulanov (1895-1938) había sido uno de los colaboradores más cercanos de Yagoda en la GPU y, como tal, había escoltado a Trotsky durante su expulsión en 1929.

²⁸ Varias fuentes desmienten esta afirmación: según ellas, Yagoda solo habría trabajado durante un breve periodo como “auxiliar de farmacia”.

²⁹ En latín en el texto: “instrumento del reino”.

³⁰ Locusta era una romana especializada en el envenenamiento. Envenenó a Claudio, el emperador, por orden de Agripa, y al heredero Britanus, por orden de Nerón, y fue ejecutada durante el reinado de Galla. Nerón (Lucius Domitius Nero Claudius) (37-68) eliminó los obstáculos que se interponían en su camino y luego a sus adversarios. También persiguió a los cristianos, lo que le valió permanecer en la memoria colectiva como uno de los peores criminales de todos los tiempos.

³¹ Máximo M. Pechkov, conocido como Gorki (1868-1935), el gran novelista, había servido de garantía a Stalin en los años treinta. Los “dos ministros” eran Kuibychiev y Menjinsky.

determinada”. Así, “fui responsable de la muerte prematura de Gorki y Kuibyshev³²”. Durante el proceso, cuyo fondo consistía en mentiras, tanto las acusaciones como las confesiones de haber envenenado al escritor anciano y enfermo me parecieron fantásticas. Información posterior y un análisis más atento de las circunstancias me obligaron a modificar este juicio. En este proceso no todo era mentira. Había envenenados y envenenadores, y no todos los envenenadores estaban en el banquillo de los acusados. El principal de ellos dirigía el proceso por teléfono.

Gorki no era ni un conspirador ni un político: era un anciano tierno, un defensor de los débiles, un protestante sentimental. Ese había sido su papel en los primeros días de la revolución de octubre. Durante la hambruna, los dos primeros planes quinquenales, el descontento era muy grande y la represión superó todos los límites. Los cortesanos protestaban. Incluso la esposa de Stalin, Alleluyeva³³, protestó. En tal atmósfera, Gorki constituía un grave peligro. Mantenía correspondencia con escritores europeos, recibía visitas de extranjeros; las víctimas acudían a él, él moldeaba la opinión pública. Pero lo que predominaba era que le habría sido imposible consentir el exterminio, que Stalin estaba preparando, de los viejos bolcheviques a los que había conocido íntimamente durante años. Una protesta pública de Gorki contra las “conspiraciones” policiales habría “roto el encanto” de la justicia de Stalin ante los ojos del mundo entero.

Silenciarlo entonces era impensable; arrestarlo, exiliarlo, por no hablar de ejecutarlo, era aún menos concebible. La idea de acelerar su fin por medio de Yagoda, “sin derramar sangre”, debió parecerle al dictador del Kremlin la única salida posible en las circunstancias dadas. La mente de Stalin está hecha de tal manera que este tipo de decisiones le vienen impuestas por la fuerza de simples reflejos. Una vez aceptada la tarea, Yagoda recurrió a sus “propios” médicos. No corría ningún riesgo. Una negativa, en palabras del propio Dr. Levin³⁴, “nuestra perdición, la mía y la de mi familia³⁵”. Además, “no se puede escapar de Yagoda. Yagoda no se detendrá ante nada. Os sacará de debajo de la tierra”³⁶.

Pero ¿por qué los médicos autorizados y respetados del Kremlin no se quejaron a los miembros del gobierno a los que conocían muy bien, ya que eran sus propios pacientes? Ya solo en la lista del Dr. Levin figuraban veinticuatro altos funcionarios, entre ellos miembros del buró político y del consejo de comisarios del pueblo. La respuesta es que el Dr. Levin, como cualquier persona familiarizada con el Kremlin, sabía perfectamente de quién era agente Yagoda. El Dr. Levin se inclinaba ante Yagoda porque era impotente ante Stalin.

En cuanto al descontento de Gorki, sus esfuerzos por marcharse al extranjero y la negativa de Stalin a concederle un pasaporte, todo el mundo lo sabía y se comentaba en voz baja. Inmediatamente después de la muerte del gran escritor, se preguntó si Stalin no habría ayudado un poco a las fuerzas destructivas de la naturaleza... Una de las razones

³² Valerian V. Kuibyshev (1888-1935), bolchevique a los dieciséis años, antiguo alumno oficial, había formado parte del grupo de Stalin desde la época de la guerra civil. A su muerte, era miembro del buró político y de la comisión del Plan.

³³ Nadezhda S. Alliluyeva (1901-1932), miembro del partido desde 1918 e hija de un viejo bolchevique, había combatido durante la guerra civil cerca de Tsaritsyn. Esposa de Stalin, le dio dos hijos, Vasili y Svetlana. Se suicidó el 9 de noviembre de 1932.

³⁴ El Dr. Lev. G. Levin (1870-1938) era uno de los principales médicos del Kremlin. Su declaración en el proceso consistió en una descripción conmovedora de la situación en la que se encontró al recibir las “órdenes” asesinas de Yagoda.

³⁵ *Le Procès du “Bloc des Droitiers et des trotskistes antisoviétique”*, acta taquigráfica de los debates del 2 al 13 de marzo de 1938 publicada por el Comisariado del Pueblo de Justicia de la URSS (en francés). Moscú, 1938, página 551.

³⁶ *Ibidem*, página 557. Estas son las palabras que el Dr. Kazakov pone en boca del Dr. Levin.

del proceso a Yagoda era separar claramente a Stalin de esta sospecha. De ahí las repetidas declaraciones de Yagoda, de los médicos y otros acusados, según las cuales Gorki era “un amigo íntimo de Stalin”, “un amigo seguro”, un “estalinista”, que aprobaba plenamente la política del “líder”, hablaba “con un entusiasmo excepcional” del papel de Stalin. Si solo la mitad de todo eso hubiera sido cierto, Yagoda no se habría atrevido a asesinar a Gorki y mucho menos a encargar tal operación a un médico del Kremlin, que podía deshacerse de él con una simple llamada telefónica a Stalin.

Se trataba de un simple “detalle” extraído de un solo proceso. Hubo muchos procesos y múltiples “detalles”. Todos llevan la huella indeleble de Stalin. Esta obra es fundamentalmente suya. Yendo y viniendo por su despacho, estudia diversos planes mediante los cuales podrá reducir a cualquiera que le desagrade al más bajo grado de humillación, las denuncias mentirosas de sus amigos más queridos, la traición más horrible a uno mismo. Para quien resiste a pesar de todo, siempre queda el frasquito. Solo Yagoda ha desaparecido; su armario de venenos sigue ahí.

En el proceso de 1938, Stalin acusó de pasada a Bujarin³⁷ de haber preparado en 1918 un atentado contra la vida de Lenin³⁸. El ingenuo y ardiente Bujarin veneraba a Lenin, lo amaba con el amor de un niño hacia su madre y, cuando discutía con él, siempre mantenía la actitud deferente de un discípulo. Si, antes de la era estalinista, alguien hubiera predicho que llegaría un día en que Bujarin sería acusado de un atentado contra la vida de Lenin, todos nosotros, y Lenin el primero, nos habríamos echado a reír y habríamos sugerido enviar al profeta a un manicomio. ¿Por qué recurrió Stalin a una acusación tan evidentemente absurda? La suposición más verosímil es que fue su respuesta a las sospechas de Bujarin, imprudentemente expresadas, hacia el propio Stalin. En general, todas las acusaciones siguen este patrón. Los elementos esenciales de las conspiraciones policiales de Stalin no son producto de la pura fantasía: están tomados de la realidad, en la mayoría de los casos de los actos o intenciones del propio “cocinero”. El mismo “reflejo estalinista” de defensiva-ofensiva, tan claramente revelado en el caso de la muerte de Gorki, se manifiesta también con toda su fuerza en el caso de la muerte de Lenin. En el primer caso, es Yagoda quien paga con su vida, en el segundo, es Bujarin.

Imagino que las cosas sucedieron más o menos así. Lenin pidió veneno a finales de febrero de 1923. A principios de marzo, todavía estaba paralizado. El diagnóstico médico en ese momento era cautelosamente desfavorable. Sintiéndose más seguro de sí mismo, Stalin comenzó a actuar como si Lenin hubiera muerto. Pero el enfermo le engañó: su robusto organismo, sostenido por su inflexible voluntad, se impuso. Hacia el invierno, el estado de Lenin comenzó a mejorar lentamente, lo que le permitió moverse con mayor libertad, escuchar lecturas y leer él mismo, y recuperar el uso de la palabra. Las observaciones de los médicos se hicieron progresivamente más alentadoras. La recuperación de Lenin no habría podido, naturalmente, impedir que la reacción burocrática suplantara a la revolución; Krúpskaya³⁹ tenía buenas razones para decir en 1926: “Si Volodia estuviera vivo, ahora estaría en prisión”.

Para Stalin, no se trataba del curso general de la revolución, sino de su destino personal: o bien maniobraba de inmediato, ese mismo día, para convertirse en el amo del aparato político y, por ende, del partido y del país, o bien quedaría relegado a un papel secundario para el resto de su vida. Stalin quería el poder, todo el poder, a cualquier

³⁷ Nikolái J. Bujarin (1888-1938), de la generación bolchevique posterior a 1905, era llamado por Lenin “el favorito del partido”.

³⁸ La acusación afirmaba que Bujarin, en connivencia con los eseristas de izquierda y debido a su oposición al Tratado de Brest-Litovsk, había intentado asesinar a Lenin en 1918.

³⁹ Krúpskaya era entonces miembro de la Oposición Unificada, el bloque formado por Zinóviev, Kámenev y Trotsky.

precio. Ya lo tenía en sus manos, el objetivo estaba cerca, pero el peligro que representaba Lenin estaba aún más cerca. En aquellos días, Stalin debió de tomar la decisión de que era imperativo actuar sin demora. Tenía cómplices por todas partes cuyos destinos estaban totalmente ligados al suyo. A su lado estaba el farmacéutico Yagoda. No sé si Stalin envió el veneno a Lenin después de que los médicos insinuaran que ya no había esperanza, o si recurrió a medios más directos. Pero estoy firmemente convencido de que Stalin no podría haber esperado pasivamente, cuando su destino estaba en juego y la decisión dependía de un pequeño, minúsculo gesto de su mano.

A mediados de enero de 1924, partí hacia Sujum, en el Cáucaso, para intentar curarme de una misteriosa y persistente infección cuya naturaleza seguía siendo un misterio para los médicos. La noticia de la muerte de Lenin me llegó durante el viaje. Según una versión muy extendida, perdí el poder porque no asistí a los funerales de Lenin. Esta explicación no puede tomarse en serio. Pero el hecho de que estuviera ausente en esas ceremonias provocó graves presentimientos en muchos de mis amigos. En la carta de mi hijo mayor⁴⁰ (que estaba a punto de cumplir dieciocho años) había una nota de desesperación juvenil: ¡Debería haber ido a toda costa! Esa era precisamente mi intención. El telegrama cifrado que anunciaba la muerte de Lenin nos llegó a mi mujer y a mí en la estación de Tiflis. Envié inmediatamente una nota cifrada al Kremlin: “Considero necesario regresar a Moscú. ¿Cuándo tendrán lugar los funerales?” La respuesta de Moscú me llegó una hora más tarde: “Los funerales tendrá lugar el sábado; no podrá llegar a tiempo. El buró político considera que, debido a su estado de salud, debe continuar su viaje hasta Sujum. Stalin”.

No creí que debiera pedir el aplazamiento de los funerales solo por mi conveniencia. No fue hasta llegar a Sujum, envuelto en mantas bajo la terraza de un sanatorio, cuando supe que el funeral se había aplazado hasta el domingo. Las circunstancias relacionadas con la fijación de la fecha de los funerales y su posterior cambio son tan complicadas que no pueden aclararse en unas pocas líneas. Stalin maniobró, no solo engañándome a mí, sino, al parecer, también engañando a sus aliados del triunvirato. A diferencia de Zinóviev, que consideraba cada cuestión desde el punto de vista de su eficacia inmediata para la agitación. Stalin se guiaba, en sus arriesgadas maniobras, por consideraciones más tangibles. Es posible que temiera que yo estableciera una relación entre la muerte de Lenin y nuestra conversación del año anterior sobre el veneno, que interrogara a los médicos para saber si podía tratarse de un envenenamiento y que solicitara una autopsia especial. Por lo tanto, era más seguro, desde todos los puntos de vista, mantenerme alejado hasta el embalsamamiento del cuerpo, ya que, una vez quemadas las vísceras, ya no era posible realizar un examen *post mortem*.

Cuando más tarde pregunté a los médicos en Moscú sobre las causas inmediatas de la muerte de Lenin, lo cual les tomó por sorpresa, no supieron qué decir. No quise atormentar a Krúpskaya, que me había enviado una carta muy cordial a Sujum con preguntas sobre ese tema. No volví a tener relaciones personales con Zinóviev y Kámenev hasta dos años más tarde, tras su ruptura con Stalin⁴¹. Evitaban ostensiblemente cualquier discusión sobre las circunstancias de la muerte de Lenin, respondiendo con monosílabos y evitando mi mirada. ¿Sabían algo o solo tenían sospechas? En cualquier caso, habían estado tan íntimamente vinculados a Stalin durante los tres años anteriores que no podían evitar estar preocupados, temiendo que la sombra de la sospecha se extendiera también sobre ellos.

⁴⁰ León Sedov (1906-1938) era entonces miembro de la JC y solidario con el combate político de su padre.

⁴¹ Tras su ruptura con Stalin en 1925, Zinóviev y Kámenev lideraron en 1925 la llamada “oposición de Leningrado”, que se uniría a la de 1923 en la “oposición unificada” [o conjunta] de 1926.

Ante el ataúd de Lenin, Stalin leyó en una hoja de papel su juramento de fidelidad a los mandamientos de su maestro, redactado al estilo de las homilías que había estudiado en el seminario de Tiflis. En aquellos momentos, este juramento pasó prácticamente desapercibido; hoy en día, aparece en todos los libros de texto, donde ha sustituido a los Diez Mandamientos.

Los nombres de Nerón y César Borgia se han mencionado más de una vez, con motivo de los “procesos de Moscú” y los últimos acontecimientos en la escena internacional. Puesto que se ha evocado a estos viejos fantasmas, me parece oportuno hablar ahora de un super-Nerón y un super-Borgia, ya que los crímenes de aquellas épocas nos parecen modestos y casi ingenuos en comparación con las hazañas de nuestro tiempo. Sin embargo, es posible discernir un significado histórico más profundo en estas analogías puramente personales. Las costumbres del Imperio Romano en su declive se establecieron durante la transición de la esclavitud al feudalismo, del paganismo al cristianismo. La época del Renacimiento marcó la transición de la sociedad feudal a la sociedad burguesa, del catolicismo al protestantismo y al liberalismo. En ambos casos, la vieja moral se disipó antes de que se formara la nueva.

Estamos viviendo de nuevo la transición de un sistema a otro en una época de crisis social excepcional, que, como siempre, va acompañada de una crisis en el ámbito de la moral. La antigua ha sido sacudida hasta sus cimientos. La nueva apenas comienza a surgir. Cuando el techo se derrumba, cuando las puertas y ventanas se salen de sus goznes, la casa se vuelve triste y la vida en ella es dura. Hoy, las ráfagas azotan a todo el planeta. Todos los principios tradicionales se degradan cada vez más, y no solo aquellos que pisotean las prácticas estalinistas.

Pero una explicación histórica no es una justificación. Nerón también fue un producto de su tiempo. Sin embargo, tras su desaparición, sus estatuas fueron destrozadas y su nombre borrado por todas partes. La venganza de la historia es más terrible que la del secretario general más poderoso. Me atrevo a pensar que eso es consolador.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es